843
M.
PQ2625
.E53
C648

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

SUC. DE RIVADENEYRA (S. A.). PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

LA CONFESIÓN DE UN NOBLE

I

Empiezo por pedir al lector que me dispense el que me presente en escena y le obligue a fijar su atención en mi modesta persona.

Pero puede el lector tranquilizarse.

Esto sólo durará un instante.

Hace algunos meses (este último otoño) me encontraba yo en uno de los cantones más salvajes y más pintorescos del Morvan, entre Corbigny y Saulieu.

Había ido a pasar algunos días en casa de un amigo propietario (en aquel país, que no ha perdido nada de su antiguo aspecto) de un castillo rodeado de trescientas hectáreas de tierra, donde algunos prados cortan solamente la monotonía del paisaje.

El castillo que en la actualidad poseía mi amigo no tenía pretensiones artísticas.

Al primer golpe de vista se comprende que ha sido edificado hace doscientos años por albañiles a los cuales no ha dirigido ningún arquitecto.

Sin embargo, en aquellos sitios salvajes hace muy buen efecto.

La cuadrada y larga fachada está cubierta de ventanas desiguales y flanqueada en una de sus extremidades por una torrecilla también cuadrada, y en la otra por una redonda.

Todo el edificio está cubierto por tejados de pizarra de mucho declive, bajo los cuales una fila de almenas forma la cornisa.

Se ve allí algo de la arquitectura feudal, tanto, que a distancia parece el edificio una pequeña fortaleza; de cerca, en cambio, ya se ve que sólo es una casa algo más vasta que la de los colonos ricos del país, la mayor parte de los cuales ocupan antiguos castillos abandonados y ruinosos.

Aquel a que nos referimos es conocido en el país por el castillo de Brault, y a los ojos de mi amigo, que era muy taciturno por naturaleza y aficionado a la soledad, tenía la inmensa ventaja de estar aislado y casi inaccesible a los visitantes importunos.

Por fin llegué a él con gran trabajo, y ayudado de un conductor que tomé en Corbigny, después de una carrera de tres horas en un cabriolé,

cuando ya se había hecho completamente de noche.

Una espesa niebla me ocultaba por completo la vista de los terrenos por que atravesábamos, y el cabriolé se detuvo delante de la casa, sin que yo hubiese divisado ni adivinado su proximidad más que por las luces que se escapaban de tres ventanas del piso bajo.

Una de aquellas ventanas, enorme, casi cuadrada, con antiguos vidrios verdes sostenidos con plomos, era la de la cocina.

Las otras dos servían para dar luz a un comedor grandioso, que me hubiera parecido sumamente triste si no lo hubiese alegrado un magnífico fuego que ardía en la chimenea y una gran mesa cubierta de blanquísimo mantel y perfectamente servida, bajo una lámpara antigua, suspendida, que parecía arrancada de un cuadro de Gerardo Dow. Dos personas me esperaban en aquel comedor.

Una de ellas vino hacia mí corriendo con los brazos abiertos.

Era mi amigo, un soltero de cuarenta y cinco años, a quien las mujeres habían hecho algo misántropo, como a tantos otros.

Inútil es pintarle aquí.

Es un antiguo parisiense de bulevard, que vive retirado en su castillo como en un claustro.

Allí, cultivando sus lechugas y paseándose por sus frondosos bosques, olvida ciertas heridas de su corazón, cuya memoria levanta a veces su pecho con un amargo sollozo y hace subir lágrimas a sus ojos.

El otro convidado es un anciano sacerdote que representa más de setenta años, muy bien conservado, bajito, alegre, de ojos vivos y penetrantes y de fisonomía movible y espiritual. Tipo, en fin, perfecto y acabado del aldeano morvandés, ilustrado por el estudio y afinado por una larga experiencia de la vida.

Desde el primer momento se sentía uno atraído hacia él, al ver aquel rostro lleno de franqueza e inteligencia, así como también de una dulce y caritativa filosofía.

Aun no había acabado la comida, y ya hablaba yo con él con la misma confianza y perfecta intimidad que si le hubiera conocido toda la vida.

—¿Hace mucho tiempo que estáis en Brault, señor cura?—le pregunté.

—Treinta y tres años.

—¡Bah, eso es una friolera!... ¿Y no habéis querido salir nunca de aquí?

—No, no he querido... Nuestro obispo me ha propuesto en dos o tres ocasiones enviarme a otra parte; pero yo siempre le he suplicado que me

dejase donde estoy, y ha consentido en hacerlo... Aquí soy feliz... Mis padres, que eran unos modestos labradores de Montsanche, me han dejado algunas rentas, y además—añadió en tono confidencial—, ciertos recuerdos me ligan a este país, hasta el punto de que me costaría sufrir mucho el tener que alejarme de él.

Aquella palabra *recuerdos*, que pronunció el anciano con voz grave y conmovida, despertó en mí una viva curiosidad.

Yo no sé si el anciano sacerdote lo notó, porque se sonrió, y, moviendo la cabeza, dijo:

—Mis recuerdos no pertenecen al orden que quizás maliciosamente suponéis. Demasiado he visto que tenéis mucha imaginación; pero por viva que ésta sea, no creo que podáis nunca llegar a figuraros la triste realidad a que pertenecen estos recuerdos.

Y poco a poco el anciano se fué animando.

—Los novelistas—dijo—en vano buscarían entre las causas célebres, en vano agotarían todos los recursos de su imaginación, revisarían todos esos tipos de criminales notables que los Tribunales juzgan a cada paso, sin lograr encontrar muchas veces tanto misterio, tanto horror y tan trágicos sucesos como existen a menudo en esos dramas ocultos e ignorados que se desarrollan en la realidad, dentro de nuestros propios hogares...

¡Si supiérais lo que hace muchos años pasó aquí mismo, en esta casa!...

Mi amigo levantó la cabeza.

—Nunca me habéis hablado de eso—dijo al anciano.

—En efecto, porque son cosas que más vale no pensar; y si lo he dicho ahora, ha sido porque en mi conversación con vuestro amigo, que ya lo es mío, hemos hablado de los recuerdos que me ligaban a este país.

—¿Se trata quizás del marqués de Brault?—replicó mi amigo.

—Es verdad—contestó el anciano—; se trata de aquel pobre marqués de Brault que tan amigo mío fué en otro tiempo... tanto como vos lo sois ahora.

—¿Murió muy anciano?

—A los ochenta y dos años, solo, con sus tres criados, que eran casi tan viejos como él, y los cuales no tardaron en seguirle a la tumba. Todos ellos duermen ahora en nuestro cementerio, a la sombra de la cruz de nuestra pobre iglesia. Después del fallecimiento del marqués fueron vendidas todas las tierras y propiedades de éste, divididas en lotes. Vuestro padre compró el castillo y trescientas hectáreas de tierra por un pedazo de pan. Hace ya veinte años de esto, y hacía diez y seis que era yo cura de Brault. El marqués me

quería mucho, y yo guardo su memoria como la del más perfecto caballero y como la del más digno y honrado que he conocido... Casi todos los días venía yo a comer con él, y luego nos sentábamos frente a frente, delante de la chimenea durante las largas noches de invierno.

Era el marqués un anciano noble y hermoso, que tenía más de seis pies de estatura y estaba formado como un atleta, con poderosos y anchos hombros, los cuales apenas habían logrado encorvar los años... Aun parece que le estoy viendo, con sus cabellos casi negros, salpicados de algún hilo de plata, y su ancha frente, surcada en el centro por un profundo pliegue.

Iba constantemente vestido con una larga levita, pantalón de terciopelo y polainas de cuero sobre los fuertes zapatos, anchos y cómodos.

Gustaba mucho de la distracción que proporciona una conversación agradable; pero nunca tenía trato íntimo con nadie, y cuando sus amigos venían a visitarle alguna vez, pagaba cortésmente la visita al día siguiente. No obstante, no aceptaba invitación alguna, ni admitía a su mesa, servida siempre con esplendidez, a nadie más que a los íntimos, el cura con sus colonos, y de cuando en cuando, alguna compañía de cazadores extraviados en el bosque en persecución de algún lobo o jabalí.

Los viajeros podían estar siempre bien seguros de encontrar en Brault una hospitalidad franca y cordial.

Abundaban mucho, por entonces, los animales dañinos en nuestros bosques, y aun cuando hoy, a Dios gracias, van siendo cada día más raros, en aquel tiempo poblaban el país de tal modo, que hasta alguno penetraba a veces en nuestras propias casas; pero las carreteras y los caminos de hierro los han arrojado no sé dónde, y no han vuelto a verse.

El marqués de Brault deploraba las mejoras y los trabajos del progreso. Había ido a París una sola vez durante su juventud, y había traído de la gran ciudad una impresión de verdadero horror por las miserias, corrupción e inmoralidad que en ella abundan tanto.

Sin ser lo que se llama un hombre muy rico, poseía el marqués una enorme extensión de terreno, que rodeaba su castillo y que mediría de ocho a diez mil fanegas; pero sacaba poco partido de ellas, porque pagaba a su gente con excesiva largueza y quería que todo lo que él tocase o dependiese de él, de lejos o de cerca, colonos, guardas o leñadores, vivieran en la abundancia.

Podía decirse que no tenía nada suyo, pues su bodega y su despensa estaban siempre a disposi-

ción de todo el mundo, así es que cualquiera usaba y aun abusaba de ambas.

Era muy generoso, y sólo en un punto se había mostrado inflexible, pero en otro tiempo, en su juventud, pues cuando yo le he conocido, sus guardabosques no perseguían jamás a los cazadores furtivos, y con gran extrañeza de todas las gentes del país, tenía una excesiva tolerancia con ellos.

Este punto era la caza.

La pasión del marqués por este placer, tan común y tan venerado en el país, era legendaria y conocida en veinte leguas a la redonda, hasta el extremo de que cuando hoy se ve una buena traílla de perros que va a perseguir a algún jabalí o a algún lobo y es ponderada y admirada de toda la gente joven, los ancianos suelen decir, haciendo un gesto desdeñoso:

—¡Si hubieseis visto las cacerías del marqués de Brault! ...

Yo mismo, como buen hijo de esta tierra, me sentía atraído, cuando fuí nombrado para este curato, y a pesar de mis hábitos, no por el deseo de cazar, sino por el de presenciar las cacerías y seguir a lo lejos esas peripecias y esas luchas tan conmovedoras, en las cuales el hombre y la fiera rivalizan en astucia, en fuerza y en tenacidad.

Ya lo he dicho: Brault me atraía.

Esta comarca, cubierta de estanques y de bos-

ques inmensos, parecía prometerme goces desconocidos y acariciaba mi secreta pasión.

Pero mi decepción fué completa.

El marqués no hablaba nunca ni de perros, ni de caza, ni de nada que tuviera que ver, poco o mucho, con sus antiguas cacerías.

¡Ni una alusión al placer favorito de su juventud, ni una palabra para recordar los triunfos de su amor propio!

Las magníficas escopetas de todas clases, bruñidas con escrupuloso cuidado por los guardas, yacían en los armeros; los látigos de los monteros adornaban las panoplias. Algunas cabezas de perros de caza, admirablemente disecadas, se mezclaban con las pieles de oso y con las cornamentas de los ciervos; pero sólo como trofeos de pasados triunfos.

Al pasar junto a estos atributos, que tan queridos y gratos debieron serle en otro tiempo, el marqués volvía la cabeza; y si alguna vez, por distracción u olvido, su vista tropezaba con ellos, la apartaba en seguida, haciendo un gesto de horror.

No tardé en notar que a veces se ponía súbitamente rojo o pálido, y su rostro cambiaba de un modo extraño, sin causa alguna y sin duda bajo la impresión de algún penosísimo recuerdo.

Más de una vez vi una lágrima silenciosa resbalar por su mejilla, y hasta cierta noche le sorprendí haciendo la señal de la cruz.

Por otra parte, no me cabía duda alguna de que no era su edad la causa que impedía al noble marqués dedicarse a su placer favorito.

A los setenta y cinco años el señor de Brault estaba tan ágil como a los cincuenta, y se tenía en su caballo lo mismo que un joven.

¿A qué, pues, podía obedecer aquella renuncia voluntaria a lo que había constituído su única pasión?

A no dudar, allí se encerraba algún secreto; pero ¿cuál podía ser?...

Al cabo de dos o tres años de estancia en Brault, una extraña curiosidad se apoderó de mí, y confieso con vergüenza que traté de satisfacerla por todos los medios que estuvieron a mi alcance.

Tenía el marqués por ayuda de cámara, por confidente, mejor dicho, por amigo, a un antiguo servidor, que vendría a ser de su edad, poco más o menos.

Aquel hombre, verdaderamente simpático y de aspecto bondadoso y venerable, se llamaba Prevot.

Un día traté de hacerle hablar; pero sólo obtuve de él una respuesta evasiva:

—Hace ya cerca de cuarenta años que el señor marqués no caza—me respondió.

Sin embargo, había de llegar la época en que yo conociese aquel secreto, pues en una hora de expansión me lo reveló el marqués mismo, seguro de mi amistad.

Era espantoso, en efecto.

Y el anciano sacerdote se pasó la mano por la frente y quedó abismado en sus reflexiones, después de decir esto.

—Señor cura—le dije yo entonces—, hemos oído demasiado para que nos privéis del placer de satisfacer por completo nuestra curiosidad.

El bondadoso anciano trató de protestar, balbuceando:

—Es que... no sé si debo...

Y añadió, a poco, con un tono más resuelto:

—Después de todo, el marqués no hizo la confidencia al sacerdote, sino al amigo... Ha muerto, y con él se ha extinguido el último miembro de su familia; y... a decir verdad, ese secreto que me confió, me pesa y me atormenta muchas veces, como le atormentaba y le pesaba a él mismo, aun cuando ya le había descargado en el confesionario. Al confiárosle a mi vez, me parecerá que mi alma queda aligerada de una gran carga... Acercáos, pues, y escuchadme bien, amigos míos.

El sacerdote no había acabado aún de tomar su café, y conservaba delante de él su taza casi llena.

La llevó lentamente a sus labios, y tomando un sorbo, volvió a dejarla sobre el platillo y comenzó su narración.

Sus atentos oyentes se dispusieron a escucharle llenos de gran curiosidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO